



(Mujer de mala conducta conducida á la presencia de un mandarín.)

LA CHINA.

Gobierno.—Vendidad de empleos.—Desórdenes en la administración.—Tribunales.—Mandarines.—Militares.—Letrados.—Sacerdotes.—Labradores.—Comerciantes.—Profesiones infames.—Privilegios de los mandarines.—Sus exacciones.—Ruego atrevido de un inglés.

Algunos escritores han alabado con la mayor sencillez á los chinos como á un pueblo de sábios, gobernada por leyes perfectas y por magistrados íntegros y humanos; pero europeos que han vivido mucho tiempo en la China, y otros que han recorrido aquel vasto imperio en toda su extensión, han visto amenudo que también allí el fuerte oprime al débil, y que el que gozaba de alguna especie de autoridad, abusaba de ella para helar, molestar y oprimir al pueblo.

El emperador ejerce el poder mas absoluto, y puede derogar las leyes y sustituir otras. El respeto que se le tiene toca en adoracion, y desobedecerle es un crimen imperdonable. Sale rara vez en público, y cuando lo verifica es rodeado de la mayor pompa, y todas se postran á su paso. Se titula *hijo del cielo y gobernador unico del mundo*.

El emperador envia secretamente comisionados que

examinen la conducta de los magistrados; pero estos celadores suelen dejarse corromper. Todo el que tiene que hacer alguna reclamacion no puede presentarla directamente al emperador, sino que debe recurrir á los ministros y oficiales de palacio; y como estos están mancomunados en intereses, la solicitud no llega al trono, y el querellante no puede obtener justicia. Los empleados lo son comúnmente por haber comprado á los ministros sus empleos á fuerza de regalos, tratando luego de resarcirse de estos adelantos. Se sabe perfectamente el arte de eludir las leyes que prohiben á los agentes del poder recibir dádivas y presentes. Las órdenes del emperador se ejecutan mal, y la vijilancia recíproca de sus mandatarios es frecuentemente quimérica. Algunas veces se encarcela y apalea á los culpados confiscándoseles sus bienes; mas estos castigos, aunque se anuncien en la Gaceta de Pekin, no remedian el mal. Los latrocinios se suspenden solo momentaneamente, y se ha visto á muchos funcionarios desgraciados volver á entrar en favor y gobernar otras provincias, donde relucen su fortuna. Por lo demas sucede en la China lo que en muchos países. Las leyes son buenas, como dice un misionero, pero sería de desear que se observáran mejor.

El consejo ordinario del emperador se compone de los *colaos* ó ministros. Sus tribunales ó departamentos tienen á su cargo la administración del imperio; y otro departamento entiende en lo relativo á los príncipes de la sangre y la familia imperial.

Los miembros de los tribunales son una mitad mandchoux y otra mandarines.

Fuera de estos tribunales hay el de los censores públicos, los cuales además de la presidencia de los otros tribunales, tienen el derecho de dirigir representaciones al emperador.

Los europeos dan el nombre de mandarines á todos los funcionarios públicos de la China civiles y militares; pero su nombre en chino es *Konan*.

Un hijo hereda los bienes de su padre, mas no sus dignidades. Los descendientes de la familia reinante tienen la categoría de príncipes, gozan rentas, pero no ejercen poder alguno. Se considera noble al que es ó ha sido mandarin y ha obtenido algunos grados, ó recibido del emperador un título de honor que se concede aun á los antecesores de las personas á quienes el emperador quiere honrar: este título no pasa á los hijos, y los bienes se dividen por iguales partes.

La familia de Confucio goza sola de un título de honor que pasa al descendiente directo.

Los ciudadanos están distribuidos en siete clases, á saber: la de los mandarines militares, letrados, sacerdotes, labradores, artesanos y comerciantes. Cualquiera que haya seguido los cursos necesarios y recibido los grados respectivos, pueda obtener los empleos comunes; pero para llegar á los empleos de importancia se requieren talento, crédito y servicios.

Los mandarines se eligen de la clase de los letrados. Los sacerdotes son numerosos, y saben sacar partido de la inclinación de los chinos á la superstición, y poseen casas y tierras.

Aunque sea la clase de los labradores la mas favorecida del gobierno, es la menos rica: los lacayos son ó propietarios ó arrendadores.

Los mercaderes son poco considerados, y aun despreciados los que salen de su patria.

Rara vez sigue un hijo la profesión de su padre á no ser por necesidad. Inmediatamente que un chino tiene dinero empieza á comerciar; y si se hace mas rico procura repartiendo oportunamente regalos conseguir un corto mandarínato para disfrutar tranquilamente de su fortuna; porque los agentes del gobierno suelen tener celos de los particulares que hacen ostentación de su opulencia.

Los cómicos y los que presiden á casas públicas son reputados infames, y no pueden ser recibidos á examinarse para mandarines; los verdugos y carceleros son mal vistos, pero pueden dejar su oficio cuando tienen de que vivir.

No se habla á los mandarines sino de rodillas, á no ser que quien les habla tenga un empleo que le dispense de ello. No se presentan en los sitios de su jurisdicción sino acompañados de una comitiva grande, y aun formidable. Deben retirarse todos á su llegada y aguardar respetuosamente con la cabeza inclinada y los brazos caídos hasta que hayan pasado.

La comitiva de un mandarin es numerosa, pero mal pagada y sostenida. El mismo tiene un sueldo corto, y procura sacar del pueblo lo que necesita para sus gastos. El gobierno ha publicado reglamentos muy acertados para contener á sus agentes en su deber; pero se cumplen tan mal, que segun el proverbio chino el emperador suelta otros tantos lobos y ladrones como mandarines hace.

Los vestidos dan á entender el grado de los manda-

rines; y un particular no se atrevería á llevar en su vestido un bordado de oro; porque tales bordados son peculines de aquellos.

El emperador y los príncipes de primer orden llevan bordados en sus vestidos dragones de oro que se distinguen por el número de sus garras. Los príncipes de quinto orden y todos los mandarines llevan el *mang*, especie de serpientes de cuatro garras.

Los grandes personajes del imperio y los mandarines se conocen por su traje, su placa bordada, la faja y el boton en que termina su birrete. El de los mandarines es siempre de felpa encarnada, y distingue además un collar á los grandes mandarines; la pluma de pavo real que se ponen en el birrete es un distintivo honorífico que el mismo emperador concede por su mano.

M. Laplace, oficial de la marina francesa, cuenta en su viaje al rededor del mundo un rasgo de osadía de un comerciante inglés, que pinta la insolencia de los mandarines y juntamente toda la energia inglesa.

Habiendo tenido que pasar dicho comerciante á la ciudad de Macao por negocios urgentes, se vió precisado, siguiendo los numerosos canales de la China, á parar en una villa, donde residía un mandarin que debia examinar sus papeles y percibir cierto derecho de tránsito. El comerciante le hizo presente que el menor retardo podia acarrearle un gran perjuicio, no obstante lo cual rehusaba el mandarin firmarlo el pasaporte bajo pretexto de que estaba descansando y no tenia tiempo. Despues de algunos pasos infructuosos el inglés impaciente salta en tierra, se dirige á la casa del mandarin, fuerza la puerta y le halla muellamente tendido en su divan fumando opio. El reverendo mandarin, interrumpido tan repentinamente en sus éxtasis, se levanta colérico, y amenaza groseramente al importuno visitador; pero una vigorosa bofetada de este le derriba en tierra en medio de los fragmentos de su preciosa pipa. En medio del alboroto que se levantó el inglés se reembarcó y llegó felizmente á su destino, donde aguardó con tranquilidad el resultado de las pesquisas del mandarin. Con efecto se habia dirigido una queja al virey, que despues de una amplia informacion y de la deposición de testigos, pidió á la factoria inglesa que se le entregase el atrevido inglés. Pero habiéndose probado con nuevos informes que el mandarin fumaba opio cuando se cometió el exceso, y que probablemente estaba borracho, mudó el asunto de aspecto. El mandarin llevó su competente número de palos y fue privado de su dignidad. Sin tan feliz resultado del proceso el demasiado vivo viajero hubiera tenido que dejar la China para siempre, ó estar preso por mucho tiempo, aun despues de pagar una fuerte multa.

LA MUSICA.

La música es de todos tiempos, y existe en todo y en todas partes. El ruido del trueno y del mar, el murmullo de los arroyos, el que forman los árboles sacudidos por el viento, el movimiento en fin de los mismos cuerpos celestes son música en la gran escala de la naturaleza, que tiene al espacio por estension, al tiempo por medida, y á los mandos por instrumentos.

La música fue venerada desde la mas remota antigüedad: era el arte por excelencia y la ciencia de los sacerdotes y sabios. Construía las ciudades con Anfon y las destruía con Josué. Presidia á las festividades religiosas y á los juegos del circo; á la guerra y á las asambleas pacíficas; al foro y al hogar domestico. En CANTICO entonaba la música las alabanzas de los Dioses; en HIMNO

de los héroes; en ODA, *Páram*, las virtudes y proezas de los héroes; en ODA, *Páram*, los placeres de la vida doméstica y las labores del campo.

La música cubierta de velos y llena de misterios, fue considerada en su origen como hija del cielo, y cada nación de las antiguas tenía alguna historia particular atribuyéndolo unas á Herme, otras á Orfeo, y otras á Tabaicain. Como quiera que sea, es muy probable que las primeras pasiones y los fenómenos de la naturaleza diesen origen á la música (1), y que no existiendo todavía dialecto alguno organizado, expresasen los hombres sus sensaciones por medio de gritos y de sonidos.

En China, en donde se cantaba hacia mucho tiempo de este modo, hubo un sábio que notando la diferencia que habia entre las armonías celestes y los aullidos que daba el pueblo en las fiestas de la divinidad, y martirizados sus oídos con aquellos cantos salvages que abandonaban al acaso el ritmo y la entonación, se puso á investigar las leyes músicas. No sabiendo como daría principio ni la base en que apoyarse, resolvió ir á la orilla del río sagrado, y tomar por base los sonidos que por espacio de tres dias oyese al ponerse el sol. Para que los Dioses fuesen propicios pasó ocho dias en oración y partió al noveno. Habiendo llegado á la caída de la tarde oíra de una colina, se recogió aguardando á que se manifestara la voluntad de los Dioses, cuando al principiar el crepúsculo, silbando el viento en un cañaveral inmediato á él formó el signo de *ut*. Despertóse á la mañana siguiente al gorgo de los pajaritos, y observó que uno de ellos repetía incesantemente *ut*, *mi*. Al tercer día se acercó á la orilla del torrente de donde nace el río sagrado, e inclinándose su oído á la tierra percibió entre los ruidos que producian las aguas del río despañándose en el abismo, el mismo sonido grave y fuerte acompañado de una multitud de otros que vibraban acompañados en número y formando armonía con él. Fuera de sí de alegría se levantó el sábio para dar gracias á la Divinidad, cuando hirviendo su húmero en un trozo de roca formó el acorde perfecto. Hallada de este modo la ley, hizo la música muchos progresos y se extendió rápidamente entre los pueblos del Oriente y en las Gaulas (2).

Los caldeos tenían una gran música; trescientos sesenta músicos, cuyo número correspondía á los dias del año, acompañaban al rey en sus paseos y en la guerra, cantando sus alabanzas y las de sus ascendientes. Bajo el reinado de los Tolomeos no era en Egipto la música solo el arte de componer y ejecutar los sonidos, sino que abrazaba la poesía, astronomía y baile. Los sacerdotes músicos eran los primeros personajes del estado, que gozaban de inmensas prerogativas, y tenían el derecho de juzgar al rey despues de su muerte y señalarle la sepultura cantando el himno de las imprecesiones. Cuatro mil levitas músicos cantaban entre los hebreos las alabanzas de Jehová en el templo de Jerusalem, acompañándose con liras, sistros, bacinas, cimbales, timbales, Arcompas y cien trompetas sagradas.

En Roma y en Atenas se tenia por deshonesto á quien no sabia música. Neron apreciaba mas su reputación de músico que su cualidad de emperador.

Pero pronto los bárbaros invadieron el Oriente y Occidente. Les importaba poco el destruir los monumentos y saquear los templos; lo que ellos anhelaban era acabar con los libros, los poetas y sobre todo con los músicos; pues la experiencia les habia enseñado que las naciones

vencidas serian temibles mientras quedase algun vestigio de ella.

Las hordas salvages tomaron está en presa por donde en la ta con espantosa actividad. Todo cuanto casualmente fue muerto; todo cuanto recordaba el antiguo esplendor de la patria y esclama su amor fue quemado. A los cantos de Olimpo, Terpandrá, Timoteo y Tiroto sucedió una pesada salmodia; el salvaje no gustaba sino de su música, y el hombre bárbaro que salvaba, y siendo barbaro destructor, debia serlo tambien el venerado. San Agustín, San Gerónimo y otros padres de la iglesia habian salvado algunos trozos de la melódica antigua, recogiendo de las palabras sagradas; pero despojándola de la armonía de sus bellas cualidades, le hizo perder su carácter magistral y su hermosura antigua. El arte antiguo se aniquiló.

La música de los bárbaros no tenia ni melodía ni ritmo, ni armonía, era una sucesión de notas como el ruido de las tradas al acaso y sin direccion simultánea con sola la entonación. Esta música, si tal puede llamarse un conjunto monstruoso de sonidos, duró hasta fines del siglo X. Los esfuerzos de S. Ambrosio y San Gregorio hasta dicha época, disminuidos con las concesiones que hubieron de hacer á los bárbaros, no produjeron ningun resultado.

Hacia el siglo noveno los monges que estudiaban á los antiguos filósofos los comentaron e interpretaron de mil modos, y cada uno creó su sistema, sus ideas y su clave; comprendiendo cada uno mal lo que leia, lo interpretó tal como le pareció; y al cabo de infinitas dudas mezclando la música que se conocia con la que se creia adivinar, se hizo una garrucha en garrucha, y una entonación sin entonación. Aunque divididas las notas por los mismos intervalos que las griegas, en vez de estar sujetas á las leyes inmutables de la naturaleza se clasificaron arbitrariamente; se estableció como principio que cada nota de una garrucha podia servir de fundamento á la misma, y que á la única, nota en que descansaba el tono, sustituyese cualquiera otra que se eligiera. En cuanto al ritmo, ni se pensó siquiera en él.

Habiendo leído en alguna parte que las notas de á cuarta y cinco grados diatónicos, la cuarta y la quinta, estaban en perfecta armonía, se las empleó simultánea y sucesivamente, y esta fue la primera armonía conocida en aquellos siglos, y la única mirada como buena. Se usaba de ella en todas las grandes solemnidades, y su ejecución costaba el doble que la música ordinaria. Sin embargo no resistió por mucho tiempo á los músicos el nuevo descarnamiento; sus oídos se resistian á la rudeza de aquella armonía que en adelante quedó proscrita y del todo abandonada, y buscaron por su parte otra, reconociendo que las sucesiones de notas de tres y seis grados de intervalo, las tercercas y sextas, eran mucho mas armoniosas que las primeras. Dejandose despues conocer la necesidad de la melindia, y aumentando el talento de los compositores y ejecutores, hicieron uso de las notas de tránsito, glosas y otros artilucios armónicos. Las leyes músicas se hicieron claras y precisas; y en el momento en que se creia haber imitado el arte antiguo, se acababa de crear un arte nuevo: el contrapunto.

La nueva ciencia música, que compuesta solamente de la armonía consonante y de giros melódicos y armónicos parecia por la calma é indecision de sus formas mas análoga al misticismo católico, estuvo á pique de verse abogada por los ribetes y adornos ridiculos. Cada cantor, ansioso de sobresalir, improvisaba notas que no estaban en su parte, y en vez de buscar la originalidad del pensamiento y la pureza del estilo, no trataron los músicos sino de armonizar en sus composiciones *antifonas*, *cánones* y *fugas* más ó menos otras, contentándose con agrandar á la vista desentendándose enteramente del oído, y el misero de capilla que

(1) *Lacépède*, *Poét. mus.*

(2) Algunos historiadores antiguos aseguran que desde el año de cuando se habian fundado los primeros escuelas de música en las Gaulas.

compuso el *Canon enigmático*, el más difícil de adivinar, fue proclamado por el mayor músico de su tiempo. Esto duró hasta el siglo XVI, en que apareciéndose Guadimel y Palestrina, y apoyándose en la verdadera entonación, sacudieron todo aquel farrago escolástico, se sirvieron de la música de sus antecesores como de medio solamente, y compusieron obras á las que se ha podido tal vez igualar, pero jamás exceder.

Entonces se verificó en la música una revolución asombrosa, y que no tiene ejemplo en ninguna otra arte. Los trovadores de la Provenza y Picardia habían difundido hacia el tiempo por Europa una música que por su melodía y armonía, su forma y estilo se diferenciaba esencialmente del contrapunto; y sea que adquiriese esta en los músicos italianos, sea casualidad, sea imposibilidad de sobrepasar en su estilo á los dos grandes maestros del siglo XVI, Claudio Monteverde escribió en compás de Madrigal la

disonancia sin preparacion, y esta inovacion tan bella como atrevida, echó abajo toda la teoría del contrapunto, y creó el elemento de la música moderna.

En breve la música profana, hasta entonces menoscpreciada, tomó un rápido vuelo. Cada soberano quiso tener su música de palacio, su ópera: multiplicáronse por todas partes los conciertos y los teatros. Las cortes de Italia, España, Saboya, Inglaterra y Francia dieron en todas sus funciones intermedias de música, de los que es el más celebre el de Enrique III en las bodas del duque de Joyeuse. Los músicos de talento abandonaron poco á poco, aun en lo eclesiástico, el contrapunto, mirado hasta entonces como el arte sagrado; y Cavalli, Lulli y Haendel prepararon entre otros con su genio la senda á Gluck, Paestello y Mozart, y estos á los representantes del arte actual.



EL COLIBRÍ Ó PÁJARO-MOSCA.

Los pájaros-moscas pertenecen al género colibrí. Hay entre los colibrís propiamente tales y los pájaros-moscas la diferencia de que aquellos tienen el pico argucado y los segundos recto; pero en todo lo demás tienen todos ciertos caracteres comunes formados de la dimension del pico,

de la forma de la lengua, la posicion de las ventanas de las narices, pequenez de los pies, etc. (1).

(1) Pico mas largo que la cabeza, tubuloso y deprimido en su base; mandíbula inferior casi cubierta por la superior; ventanas de la nariz colocadas cerca del nacimiento del pico en

Entre las numerosas especies de colibris pájaros-moscas se cuentan tres muy particulares. La primera es el pájaro-mosca del Brasil. Sus alas se extienden hasta los tercosas partes de la cola que se abren y se cierran. Sus rectrices son de un azul oscuro en la espalda y las cubiertas de las alas de un dorado oscuro. El cuello, pecho, vientre y costados de un brillante verde de esmeralda. Su pico negro termina en punta muy aguda; el macho tiene cubierta la cabeza con una toquilla de azul azul mayor que con los reflejos de la luz pasa a amarillo. En la hembra sustituye á este azul un verde azulado, y las adreáticas no son azules sino en su estremidad y de un verde dorado por encima; los costados no tienen más que algunas tintas verdes doradas, y el cuello y vientre son de un pardo ahumado.

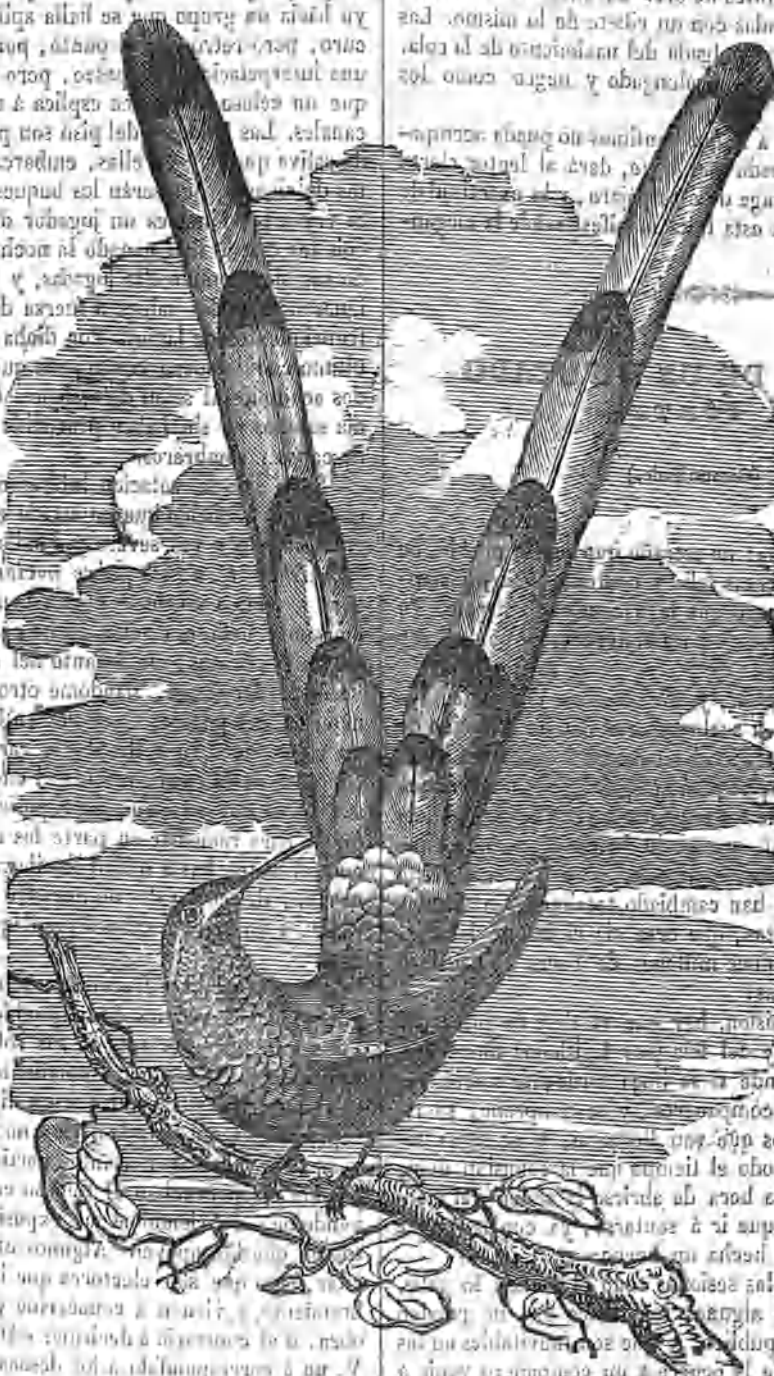
La segunda especie es el pájaro-mosca de orejas azules, nombre que se le da con propiedad por los dos copetes de plumas que tiene el macho, y de los que carece la hembra. Uno de estos copetes es de un mojado de amatista, y el otro de un verde azulado. La cola es redonda el pico grande, negro y muy recto. Tiene este pájaro bajo los ojos una mancha negra aterciopelada, que en la hembra se prolonga hasta el sitio en que el macho tiene los copetes. El cuello, pecho y vientre son de un verde alabastro; los remos pardos, la parte superior del cuerpo desde la cabeza hasta las pequeñas cubiertas de la cola es de un verde brillante.

Este pájaro-mosca se encuentra en los espesos matorrales que rodean las habitaciones de la Guyana y del Brasil.

La tercera especie de colibrí pájaro-mosca es la que tiene una membrana redonda, y abierta por delante muy juntos e impropios para andar con cuatro dedos, estando enteramente divididos, y uno por detrás, como un dedo intermedio; alas largas; todos los remos uniformemente ordenados, y el primero mas largo.

Este pájaro-mosca se encuentra en los espesos matorrales que rodean las habitaciones de la Guyana y del Brasil.

Este pájaro-mosca se encuentra en los espesos matorrales que rodean las habitaciones de la Guyana y del Brasil.



Este pájaro-mosca se encuentra en los espesos matorrales que rodean las habitaciones de la Guyana y del Brasil.

Este pájaro-mosca se encuentra en los espesos matorrales que rodean las habitaciones de la Guyana y del Brasil.

Este pájaro-mosca se encuentra en los espesos matorrales que rodean las habitaciones de la Guyana y del Brasil.

Este pájaro-mosca se encuentra en los espesos matorrales que rodean las habitaciones de la Guyana y del Brasil.

Este pájaro-mosca se encuentra en los espesos matorrales que rodean las habitaciones de la Guyana y del Brasil.

Este pájaro-mosca se encuentra en los espesos matorrales que rodean las habitaciones de la Guyana y del Brasil.

Este pájaro-mosca se encuentra en los espesos matorrales que rodean las habitaciones de la Guyana y del Brasil.

ne la particularidad de que el lado exterior de sus dos mayores réctrices es de un azul amarillento, y el interior de un listado oscuro; que se ve tambien en las demás réctrices.

El vientre del *Sifio* es, como su cuello y pecho, de un hermoso verde esmeralda; á los lados del cuello se extiende desde el ojo hasta la oreja una bandeleta de un verde dorado más claro. Toda la parte inferior del cuerpo y las pequeñas réctrices de las alas son de un verde dorado metálico. Los renos de un verde esparpado. Las primas de la caladilla y las cubiertas superiores de la cola son del más hermoso color de carmín. Diez réctrices iguales y redondeadas en su estrechidad componen la cola del *Sifio*, pudiendo decirse que son de cobre rojo con cambiantes de oro. Termina en una media lana negra, bordada con un ribete de lo mismo. Las alas no exceden en una pulgada del nacimiento de la cola. El pico es agudo, pero prolongado y negro como los tarsos.

Esta descripción, á la que sentimos no pueda acompañar un dibujo iluminado del *Sifio*, dará al lector cierta idea del vistoso plumage de este pájaro, y la exactitud de la viñeta compensará esta falta manifestándole la elegancia de sus formas.

LA VIDA DE UN DIPUTADO A CÓRTEZ.

(Comunicado.)

MI querida hermana: no extraño que en ese pueblo, donde no sales, me presales y contentas desempeñando el más honroso cargo que la nación pudo darme. Te equivocas, sin embargo, y para convencerte, te diré por menor cual es mi vida.

Cada día al despertar, y mientras me ensaño, leo los papeles públicos, y suelo repasar que en la sesión de la vispera han equivocado el momento de mi rotación, y no creas que es este pequeño disgusto, ni pequeña ocupación la de lograr que los requeridos rectifiquen la equivocación. Al fin á mí, que no he hablado, no me es más posible conseguir esta enmienda, pero ay del triste orador cuyo discurso han cambiado totalmente haciéndole decir tales simplezas, que crea en el infeliz las carcajadas que sueltan doce millones de bocas al llegar el correo á las provincias!

Si es día de comisión, hay que vestirse de prisa, y á pesar de los lodos y del frío (soy legislador de á pie), acudir á la cita, donde si se llega tarde, se sufren convenciones de los compañeros, y si temprano, se riñe ágramente con los que van llegando, y se sigue riñendo y renegando todo el tiempo que la comisión dura, que suele ser hasta la hora de abrirse la sesión del Congreso, á donde hay que ir á sentarse, ya con la sangre quemada y la cabeza hecha un horno.

Lo que pasa en las sesiones todo el mundo lo sabe, y solo te hablaré de algunos incidentes que no pueden estar al alcance del público, y que son inevitables en las grandes reuniones. Ya le ocurre á un compañero venir á comunicarme una nueva agradable, pero es reservadísimo y como él ignora el mal aliento que tiene, me admira un empuje con la mejor intención. A veces, otro que pasa de pronto por detrás del banco mío, empujando un botón de su vestido en las greñas de mi pelo, me precisa á lanzar un grito agudo, que el Presidente ahoga con la terrible voz *¡orden!* No falta quien

pasando por delante se para un momento á saludar á las damas de las tribunas, fijando gentilmente su bastón en mis encojidos pies y en el único brazo que en ellos tengo, las lágrimas se me saltan en torrente semejante, y tengo que gastar bota rajada por todo el tiempo que dura quez la legislatura. Salgo al salón de columnas para fumar, y estar aucha, pero no bien me he sentado, se me acerca un buen patriota á decirme una manera para acabar la guerra en tres semanas sin pedir nada á nadie, y oigo que procuro hacer más corto el rato, acordando con la regla de rajar papel que está sobre la mesa de escribir, es un raptó de impaciencia, hago una estambola con la salvadera y la caja de rapé de un venerable proclama que está leyendo periódicos, y se la aboto, y se la miento, y tengo que pedirle mil perdones por mi mala crianza. Hay yo hácia un grupo que se halla apiñado en un rincón oscuro, pero retrocedo al punto, porque están empollando una interpelación. Me paseo, pero tengo que parar porque un celoso burlero explica á otros varios su plan de canales. Las hablas del piso son provincias y en un mar de saliva que hay en ellas, embarca con el pie las puntas de cigarrillos, que serán los buques que crucen el reino. Si voy á la chimenea un jugador de tresillo que disputa con los que lo han ganado la noche antes, me hace juez de sus bien combinadas jugadas, y tengo que ocultar mi ignorancia en las naipes á fuerza de arqueos de cejas y fruncimientos de labios. Por dicha, antes que llegue al último codillo suena la campana que llama á votar, y todos acudimos al salón de sesiones. Concluida la de aquel día salimos no sin haber precedido cambios y recambios de capas y sombreros.

Si ha sido la votación interesante, es muy probable que algún conocido que ha estado en la tribuna me diga en la calle con voz severa y dándome en el hombro: *hay ha perdido V. á esta pobre nación!* En seguida de esta ller, se vino á mi cierto día un hombre como un gigante, moreno y bello á quien yo no conocía, y estrechándome en sus brazos, me levantó del suelo haciéndome tres veces perder tierra, dándome otros tantos viras como á defensor del pueblo. Otra vez en lo alto de la calle con un viento norte que llevaba la cara, me agarró un mal contento de la capa, y sobre el cuello de ella se detuvo á escribir por su mano la proposición que debía yo formular para remediar en parte los males que había hecho con mi voto, hasta que al fin llegaron en mi auxilio los empujos del coche de un ministro que le hicieron separarse, y yo logré escabullirme llegando casi á gatas á mi casa.

En ella es muy frecuente estarme ya esperando algunos buenos vecinos de los pueblos de la provincia que todos quieren embarrar de sus solicitudes para que las recomiende en los correspondientes ministerios. Es en vano que ellos persuadan que un diputado á Cortes es un representante de toda la nación, no de una sola provincia, y no debe promover asuntos particulares: ellos que han comido ya á provelción el tiempo en que yo lo hago leyendo ó refiriéndome sus exposiciones y los documentos en que las apoyan. Algunos otros no vienen á solicitar, sino que son electores que influyeron en mi nombramiento, y vienen á conocerme y á complacerse en su obra, ó al contrario á decirme: «D. José, somos francos; V. no á correspondido á los deseos del país: no le da V. esplendor: no parla V. y estamos afrentados.» Yo procuro resousarme con mi falta de voz y de salud, y aun les enseño los dientes aporillados y cadaverosos que dejan escapar el aire de mi boca, cual de un fuelle. Nada les convence, ni me queda otro arbitrio que abreviar mi vida, y con ella todavía en la boca, despedirme en la calle y refugiarme á un café.

Allí busco una mesa solitaria, por pronto me alisha algun político que caza de especie allí para saber por cuando todos los incidentes de la sesión del día. Mientras entre sorbo y sorbo procuro satisfacerle, llegan otros, y otros y otros, y tengo que comenzar otras diez veces, y luego no me dejan proseguir, glosando cada cual las ocurrencias segun sus diferentes opiniones, y la cuestion se acalora, y el codazo de un buen lógico hecha á radar la taza y el platillo ó el brasero con lumbré. ¡Feliz quien logra salir de allí sin manchas y quemaduras!

Me voy á mi tertulia á buscar paz. Una señora de familia, diplomática á quien no esperaba yo encontrar allí, esclama viéndome entrar: «me alegro que V. venga, padre de la patria! A que no ha apoyado V. el disparate que han aprobado hoy las Cortes?» En vano quiero escusarme, en vano mudo de conversacion. No hay remedio, tengo que confesar como he votado. La reyerta que se arma entre los concurrentes dura hasta mas de las once. Obligado á tomar parte y deshacer mil equivocaciones abandono en fin el campo, ronco, sofocado y ardiéndome las sienes. Cena en silencio, sin gana y de prisa, y me voy á la cama.

Viene Farrancho á sacarme las botas, y le tiénts el demonio de hablarle de la quinta, y se empeña en que su hijo no debe de entrar, y que todos estan mal con la ley de reemplazos, y que las Cortes no miran por los pobres. Mi irritacion llega al colmo. La medida se la llena, y tengo la barbarie de darle una patada que le sienta en el suelo. Se levanta y se marcha, y yo me quedo al borde de la cama, estático, aburrido, y abegonzado de mi brutalidad. Me acuesto, pero no duermo. Las horas se me pasan dando vuelcos. Pienso en el último dia de Caton (aunque sea mal comparado) y en la injusta puñada que dió aquel romano al fiel doméstico que le robaba la espada con que se quitó la vida.

José Somosa.

VENTA DE OBJETOS RAROS.

Para animar Epaminondas el valor abatido de su ejército, sacó de un templo por la noche las armas suspendidas en él, asegurando á sus soldados que los Dioses habian ido á tomarlas para combatir por ellos.

Una de estas armaduras, llevada á Roma, la compró un jefe de legion algunos años antes de Jesucristo por 700,000 sestercios, que equivalen á unos 15,000 reales.

Una mesa de naranjo que habia pertenecido á Ciceron la compró un senador romano, Marco Apolo en 300,000 sestercios, ó 750,000 reales.

Despues de la conquista del Asia menor se regaló á Caton una túnica de púrpura que no se atrevió á usar. Neron el soberbio la compró por 680,000 reales. El báculo del filósofo Pelegrin Proteo se vendió en 3,200 reales.

El violento rencor que Ziska profesaba á los cristianos le determinó á mandar que cuando muriese le despañejan y se hiciese un tambor de su piel, prometiendo la derrota del enemigo cuantas veces se le acometiese al sonido de dicho tambor, y el suceso justificó aquella promesa. A los 60 años despues de la muerte de Ziska obtuvo un fragmento del tambor un soldado el mas rico del ejército, cediendo por él el rédita de sus bienes de todo un año.

Despues de la destruccion de la cámara de los lores, el ansia del pueblo de Londres por obtener reliquias de aquel monumento histórico llegó hasta dar 400 libras esterlinas por un fragmento de marmol de una de las chimeneas.

El devocionario que Carlos I leía en el patibulo se

vendió en Londres en 1825 en 100 guineas, unos 10,000 reales.

La silla de marfil que la ciudad de Londres dió á Gustavo Vasa fue comprada por M. Schinckel, sueco, en 58,000 florines (480,000 reales.)

Se ofreció al celebra Gretry por un mal barómetro que habia sido de Rousseau, y que valdria unos 5 francos 4500; y por una mesa sobre la que Rousseau compuso su nueva Eloisa, que podria valer 2 francos, 5000 francos.

Habiendo conservado el coronel Rosen el vestido que Carlos XII tuvo puesto en la batalla de Pultava, se compró en Edimburgo en 22,000 libras esterlinas; unos 2.244,000 reales.

En 1815 compró lord Schwarterbury un diente de Newton en 700 libras esterlinas.

Unos zapatos de Luis XIV fueron comprados á enorme precio por el abate Teran.

Un clavicordio que habia sido de Gretry y que valdria de 6 á 7 francos lo compró Nicolo por 400 francos. Un cartapacio pequeño sobre el cual escribia Gretry sus composiciones durante su viaje á Italia, se adjudicó por subasta á Boieldieu en 120 francos; el palito con que echaba el compas lo compró Berton á gran precio; una mesa de nogal suya se pagó 150 francos y todos los bastones de espinol que habia usado se vendieron á 50 francos cada uno.

Cuando se trasladaron los cuerpos de Abelardo y Eloisa á los *Petits-Augustins* ofreció un inglés por un diente de Eloisa 100,000 francos (400,000 reales).

Un reloj de faldriquera de bronce de J. J. Rousseau se vendió en 500 francos, y una bata del mismo en 950.

Un baston de Voltaire se pagó 500 francos, y otros dicen que 2,400.

Una peluca ya apollilada que habia sido de Kant se compró en el año 1804 en 200 francos.

Otra de Sterne en 5000 francos.

Las dos plumas con que se firmó el tratado de Amiens las compró un yerno de Walter-Scott en el año de 1825 por 500 libras esterlinas; unos 48,000 reales.

Una carta autógrafa de Castaing la adquirió M. Maurice Alhoy de un inglés pagándole los gastos de un viaje de tres meses en posta por el mediodía y el Oeste de Francia.

El sombrero que llevaba Napoleon en la batalla de Eylau se adjudicó en renta pública en 1.º de diciembre de 1835 á M. Delacroix, médico, por 4920 francos.

Su baston de concha de tortuga se vendió en Londres en 58 libras esterlinas, 47 chelines, ó 954 francos.

Un mechon de sus cabellos se vendió en Nottingham en 17 chelines, 21 francos.

Una hoja de unos documentos en la cual habia marcado Napoleon profundamente con la uña acaba de venderse á precio de oro á un entusiasta americano.

Se han ofrecido enormes cantidades á M. Flamand-Gretry por el lecho de Juan Jacobo y de Teresa.

Un banquero de Paris ha prestado á Madama Eugenia de La Bonchardie 1000 francos sobre el corazon de Mariano José Chénier.

EXPOSICION DEL LICEO.

(Segundo artículo.)

Imposible sería el pretender encerrar dentro de los límites de este artículo todas las ideas que pudieran ocurrirnos respecto al gran número de obras artísticas ofrecidas á la exposicion del Liceo. Limitáremos por lo tanto á espresar algunas, relativas á aquellos objetos que

mas han podido llamarnos la atencion, consignándolas aqui, no como un juicio artístico y acabado de su mérito respectivo, sino como una sencilla y modesta opinion nuestra, que en nada puede realzar ó disminuir el valor de aquellas obras.

Principiando por las del profesor D. Genaro Perez de Villamil, que por su mérito y variedad formaban una parte principal de esta bella exposicion, no podemos menos de felicitarle por la riqueza de fantasia y por el profundo conocimiento del arte que ha sabido desplegar en esta como en otras ocasiones; y con este objeto habremos de detenernos con particularidad en alguna de sus cuadros principales.

El primero, á nuestro entender, de aquellos, es sin duda el que el autor ha titulado *Un acuartelamiento*, y que como dijimos en el artículo anterior, fue escogido y comprado por S. M. La idea filosófica que envuelve esta linda composicion es por extremo interesante, y propia á excitar las mas serias reflexiones. El autor ha figurado la escena en el interior de un rico monumento gótico, compuesto de varios fragmentos de San Juan de los reyes de Toledo y de otros edificios notables de la edad media, los cuales destruidos en parte por el tiempo, y en parte por la atrevida mano del hombre, vienen á servir de refugio á multitud de soldados, que se alojan en tan sagrado recinto, hacen en él sus ranchos, atan sus caballos á los marmóreos sepulcros, y utilizan los restos venerables de aquellas ruinas para su momentánea necesidad: ¡lección terrible y filosófica que enseña á las artes víctimas de los furiosos de la guerra, y las sublimes tradiciones de un pueblo atacadas por el terrible fanatismo de la impiedad! El colorido de este cuadro nos parece fuerte y vigoroso, y bien entendido el efecto de luz que se quiebra é introduce por las ricas y delicadas labores de los pilares, pasando á iluminar un bello grupo de soldados y paisanos, que están curando á un herido.

Otros dos cuadros de este artista representan el interior y el exterior de *La catedral de Toledo*, y en ellos notamos la misma exactitud y prelijidad en la composicion, colorido armonioso y brillante, y gracioso efecto de los grupos ó figuras.

La emigracion, escena tambien característica de las circunstancias, está representada en un lienzo en que se vé la casa del Rico home de Alcalá y el palacio del Cardenal Cisneros, y es en extremo interesante por la variada animacion de los grupos de paisanos y el efecto natural y armonioso del conjunto: debiendo notar así en este como en los demas cuadros últimos de este profesor, que afortunadamente parece haberse olvidado de aquellos tonos morados, á que antes mostraba tanta predileccion, y que justamente le criticaban los inteligentes.

La *Puerta de serranos de Valencia*, en que el autor ha sabido retratar todo el carácter de las construcciones de fortificacion árabes, es un lindo cuadro, y en él el artista, con el objeto sin duda de no perder la unidad de composicion, ha agrupado con felicidad graciosas figuras de mozos, otras de camellos cargados de mercancías, dando así á todo el conjunto cierto sabor oriental por manera agradable.

Otro cuadro hay del Sr. Villamil con el título de *Orillas del Guadaira*, aunque distinto de los que con igual título ha presentado en otras exposiciones, y en este á nuestro entender merece cumplido elogio el efecto de luz del crepúsculo de la tarde, contrapuesto con las grandes masas de arquitectura morisca, y aquel vapor vago y húmedo que se eleva del rio.

Otros muchos cuadros ha presentado este segundo artista en la exposicion; pero varios de ellos, como *La Catedral de Sevilla*, *La procesion*, *El mercado árabe*

y *La vacada* fueron ya espuestos en la academia, y merecieron entouces los justos elogios de la prensa periódica, y otros han sido improvisados por el autor en las reuniones de noche que celebra el Liceo, y por lo tanto no pueden ni deben someterse á las reglas generales de la critica.

El profesor D. Antonio María Esquivel es otro de los que mas han sobresalido por la belleza y número de sus composiciones, mereciendo á nuestro entender el primer lugar entre ellas un cuadro de tres varas que representa á *D. Sancho el Bravo* persiguiendo al príncipe D. Juan en el momento en que este se refugia al gabinete de la reina, con lo cual logra contener el golpe que le amenazaba. Es interesante en este cuadro la expresion y correccion de las figuras, sobre todo la de la reina, la naturalidad y bien entendido estudio de las actitudes, y una severidad de colorido en toda la composicion, que concurre á hacerla mas halagüeña.

El *David triunfante*, cuadro del mismo autor, regalado por él á S. M., reúne las mismas dotes que aquel, y hay mucha filosofia y verdad en la expresion de la figura que representa al vencedor de Goliath.

La otra composicion de *Adán y Eva* cuando encuentran el cadáver de Abel es tan interesante y bien ejecutada, que ha merecido ser escogida y comprada por S. M.

Hubo ademas de este profesor varias copias excelentes de Ticiano y de Murillo, multitud de caprichos pintados en el mismo Liceo con una franqueza y naturalidad que admiran á los que saben que han sido hechos á la luz artificial, y en los cortos y agitados momentos de las reuniones sensuales; y por último multitud de retratos de personas bien conocidas, que ademas del mérito artístico reúnen en general el de la mas exacta semejanza.

El profesor D. José Gutiérrez, ademas del bellissimo cuadro de *La Caridad*, que ya estuvo espuesto en la academia, y que ha merecido ser comprado por S. M., expuso en los primeros dias una *Venus* del tamaño natural, muy digna de atencion por la correccion del dibujo y la brillantez del colorido; pero que fue retirada despues por su autor, por hallarse demasiado desnuda.

Otra *Venus* de medio cuerpo de tamaño natural nos pareció bien desempeñada y por extremo graciosa en la expresion y colorido, así como tambien otras dos cuadros del mismo profesor pintados de noche que representan *Una turca huyendo de un cristiano*, y el otro *Una Concepcion*, en los cuales hay un tono de luz agradable y sorprendente para ejecutado de noche.

Ultimamente de este mismo profesor era un *Retrato de la Señora de Montufar*, en el cual el autor ha desplegado todos los recursos de su brillante imaginacion, y aquel estilo que caracteriza á la escuela sevillana, en que tanto se distingue.

Las originales y bellas composiciones del profesor D. José Elbo han adornado tambien esta exposicion, y dando á conocer los grandes adelantos que debe á su genio y á su estudio. En la exposicion actual sus cuadros han sido cuatro, y representaban *Un ricascho andalus reposando apoyado en las aneas de su caballo*, y con la garrocha y el traje de campo ó de dormir; *Un contrabandista* en acecho y con el caballo arrendado á un árbol, y *Dos suertes de picadores de toros*, todos los cuales han llamado nuestra atencion por la exactitud, originalidad y chiste de su composicion, la correccion esmerada del dibujo, y un cierto color nacional que recomienda todas las obras de este jóven profesor. (Se concluirá.)

RECTIFICACION.

En la nota de los cuadros comprados por S. M., inserta en el número anterior, se omitió por olvido una copia de la *Venus* y *Adonis* de Pablo Veronés, obra de D. Francisco Mendoza.